Isidoro Pérez.

ISIDORO PÉREZ.

OBRAS DE RICARDO BLASCO.

¡Agua vá! monólogo en prosa.
El último tranvia, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
Chocolate y mojicón, (1) sainete en verso.
Pecata-minuta, (1) juguete cómico en prosa.
Él ratoncito Pérez, juguete cómico en prosa.
Aliquid chupatur, juguote cómico en prosa.
Diabolin, (2) comedia de gran espectáculo en cuatro actos.
¡Te veo, besugo!, (1) sainete en verso.
Los sinapismos, juguete cómico en prosa.
Servicio forzoso, juguete cómico en prosa.
¡Ladrones! juguete cómico en prosa.
Isidor Pérez, juguete cómico en prosa.

(1) En colaboración con D. Ángel del Palacio.
(2) Id. con D. Enrique Segovia Rocaberti.



ISIDORO PÉREZ

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN PROSA

IMITADO DEL FRANCÉS

POR

RICARDO BLASCO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de LARA el 23 de Abril de 1888.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.

Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Sta. D.ª Matilde Rodriguez.
ISIDORO	D. José Rubio.
DON SIMÓN	D. Manuel Diaz.
LÓPEZ	D. Manuel Rodriguez.
SIMONCITO	D. Cárlos Tojedo.
JUAN	D. Antonio Laborda.

La acción en Carabanchel.

AL SEÑOR DON ADOLFO CALZADO

en testimonio de cariño y agradecimiento

R. BLASCO.

ACTO ÚNICO.

Sala en una casa de campo de Carabanchel. Al foro, puerta en el centro y ventanas á ambos lados que van al jardín. Butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

SIMONCITO, luego LÓPEZ.

SIMONC. (Aparece sentado en una butaca y leyendo trabajosamente el folletín de *El Imparcial.*) «Entonces el Conde sacó del bolsillo... un frasco... y derramó su contenido en el vaso.»—Ahora viene la otra, y ¡zás! Se carga el jicarazo! (Sigue leyendo con gran interés.)

LOPEZ. (Entrando por el foro.) Simoncito...

SIMONC. Buenos días, señor de López. (Lee.) «Se dejó caer sobre una butaca.»

LOPEZ. ¿Dónde está tu amo?

SIMONC. En su cuarto. (¡Qué mosca!) (Lee.) «Su hermoso... seno agitábase...»

LOPEZ. Avisa que estoy aquí.

SIMONC. (Leyendo sin oirle.) «No, y mil veces no. No quiero.»

LOPEZ. ¿Cómo que no quieres, zángano? (Cogiéndole por un brazo.)

SIMONC. ¡Ay! Que me hace usted mal.

LOPEZ. Avisa enseguida.

SIMONC. Allá voy. (¡Que no ha de poder uno!...) (Llegándose muy despacio, y sin dejar de leer, á llamar á la puerta de la izquierda.) Señor: aquí está el señor de López, el vecino. (Leyendo.) «El bárbaro...»

LOPEZ. ¿Cómo el bárbaro!

SIMONC. Si es que leo.

LOPEZ. (Viendo el periódico y alargando la mano para cogerlo.) ¡Ah! ¿Es *El Imparcial* de hoy?

SIMONC. (Alejándose leyendo y sin oirle.) «Nunca accederé á sus deseos »

ESCENA II.

DICHOS y D. SIMÓN.

SIMON. (Saliendo por la izquierda.) Hola, Serapio, ¿vienes á almorzar con nosotros?

LOPEZ. No, yo almorzaré tarde. He tomado las sales de Sedlitz Chanteaud.

SIMON. ¿Estás malo?

LOPEZ. Me encuentro perfectamente; pero esa es una de las precauciones que recomienda la «Higiene del viajero.»

SIMON. ¿Vas á hacer un viaje?

LOPEZ. Y largo; pero delicioso.

SIMON. ¿Cómo?

LOPEZ. Pasado mañana, á las cinco de la tarde, tomo el tranvía para Madrid...

SIMON. ¡Bah!

LOPEZ. Á las ocho de la noche el express de París, y de allí...

SIMON. ¿Á Italia?

LOPEZ. *¡Tu dixiste!*

SIMON. ¿Y te irás solo sin esperarme?

SIMONC. (Leyendo.) «La soledad es un mal consejero ..»

LOPEZ. Considera, querido Simón, que va á hacer veinte años que te estoy esperando.

SIMON. ¿Y tengo yo la culpa? De sobra sabes que hemos tenido dispuesto nuestro viaje.

LOPEZ. Sí, muchas veces.

SIMON. Pero mi boda tuvo que adelantarse.

LOPEZ Y aplazamos la expedición para después de la luna de miel.

SIMON. Nada más justo.

LOPEZ. Pasó un año; te decidiste al fin, y cuando ya teníamos hecha la maleta...

SIMON. Supe que iba á ser padre.

LOPEZ. Y nuevo ap'azamiento.

SIMONC. (Aquí no se puede leer. ¡Qué viejos más cargantes!) (Se dirige, leyendo siempre, á la puerta del foro.)

LOPEZ. Fuiste padre...

SIMONC. (Leyendo.) «¡Quién sabe si aquella niña sería su hija!» (Vase por el foro.)

SIMON. No iba á marcharme recien nacida la chica.

LOPEZ. Pero hubo que esperar á que echase los dientes. Luego se murió tu mujer.

SIMON. ¿Y quién tuvo la culpa de eso?

LOPEZ. No sé, probablemente el médico. Pero es el caso que de aplazamiento en aplazamiento he esperado hasta ahora que ya no tienes disculpa. No tengo tanta calma como tú, y he decidido hacer ese deseado viaje, aunque sea solo.

SIMON. Vamos, Serapio, por esta vez va de veras. Un nuevo plazo de un mes, y...

LOPEZ. Como siempre. No te creo.

SIMON. No seas intransigente. Ese mes lo necesito para deja casada á mi hija.

LOPEZ. ¿Se casa Luisa?

SIMON. Es asunto terminado.

LOPEZ. Pues ella no me ha dicho nada.

SIMON. Es que aun no lo sabe.

LOPEZ. Pues, hombre, ¿á cuándo aguardas?

SIMON. La tengo muy bien educada, y mi voluntad será la suya.

LOPEZ. ¿Y quién es él?

SIMON. Tú le conoces: San Quintín.

LOPEZ. ¿El abogado? Me parece un poco viejo.

SIMON. De nuestra edad.

LOPEZ. Entonces aun es joven. Vaya, pues fijemos fechas.

SIMON. Aguarda. (Llamando por la ventana.) Simón... (A López.) Si hay carta de San Quintin, podremos calcular sobre seguro.

SIMONC. (Con el periódico en la mano.) Mande usted.

SIMON. ¿Hay alguna carta, Simoncito?

SIMONC. Si, señor, esta que trajeron anoche. (Sacando una de bolsillo y dándosela á D. Simón.)

SIMON. ¡Vamos! ¡Pues te das prisa! ¡El demonio del chico!

SIMONC. (Con mal modo.) No me he acordao. Pá eso no hay que acalorarse tanto. (Vase gruñendo.)

ESCENA III.

D. SIMÓN y LÓPEZ.

LOPEZ. ¿Sabes que Simoncito es cada día más bruto?

SIMON. ¡Pobre criatura! Como es mi ahijado, y le quiero tanto, se permite... Es un animal, pero noble. (Acabando de leer la carta.) ¡Magnífico! Es del novio. Todo está arreglado y me avisa que hoy vendrá á almorzar con nosotros para que señalemos el día de la boda.

LOPEZ. Corriente. Me ofrezco para padrino; pero á condición de que al día siguiente...

SIMON. Tomamos el portante. Los chicos se casarán... hoy es dos... el treinta y uno de éste; y el día primero...

LOPEZ. (Imitando el pito de la locomotora.) Piiii... á París.

SIMON. Y de allí á Italia, á Roma por todo... hasta por las romanas, porque creo que nos permitiremos alguna aventurilla, ¿eh?

LOPEZ. Si, y llevaremos camisetas de franela. A fin de Agosto refrescan las noches.

SIMON. Corriente. Ahora déjame que hable con Luisa. San

Quintín debe llegar de un momento á otro, y me parece conveniente...

LOPEZ. Sí, hombre, ya es hora de que se lo digas. Yo volveré luego. Voy á consultar la «Higiene del viajero,» por si se me olvida alguna precaución. (Vase por el foro.)

ESCENA IV.

D. SIMÓN y LUISA.

SIMON. ¿Dónde andará esa chica? Luisa... Luisa...

LUISA. (Entrando con un manojo de flores.) Aquí estoy, papá. Estaba cogiendo flores para la mesa.

SIMON. Déjate de flores, y escúchame con tus cinco sentidos. Ha llegado el caso de que tengamos una conversación solemne.

LUISA. (Alarmada.) ¿Ocurre algo grave?

SIMON. Pudiera serlo. Siéntate aquí.

LUISA. Soy toda oídos.

SIMON. Pronto vas á cumplir veinte años, y acaso jamás se te haya ocurrido la idea de que algún día pudieras casarte.

LUISA. Sí, papá, muchas veces. Sobre todo, el año pasado conocí en casa de mi tía un joven...

SIMON. (Interrumpiéndola.) Calma, hija mía, no se trata de los jóvenes del año pasado. Ha llegado el momento de pensar en tu porvenir.

LUISA. ¿Y en mi boda? (Muy alegre.)

SIMON. (Parece que piensa en ello más de lo que yo creía.) Y en tu boda, sí.

LUISA. Y... ¿es guapo?

SIMON. No te precipites, niña. Es muy aceptable.

LUISA. ¿Y joven?

SIMON. Regular. Es un hombre sentado, no un sietemesino.

LUISA. (Desanimándose.) ¡Ya!

SIMON. Formal, bien educado, de carrera y que posee ciento cincuenta acciones de la Compañía de Tabacos.

LUISA. ¿Y á mí qué me importa que tenga acciones? ¿Tiene bigote?

SIMON. Patillas, si no se ha afeitado recientemente.

LUISA. (Cada vez más desanimada.) ¿Y quién es?

SIMON. San Quintín.

LUISA. ¿El abogado? ¿Y dice usted que no es viejo? ¡Un hombre que puede ser mi padre!

SIMON. Y también tu marido.

LUISA. Que bizca de un ojo... Luego un hombre que se llama San Quintín... Todo el mundo me llamará la de San Quintín. ¿Le parece á usted bonito? ¡Un nombre que asusta! Con el joven del año pasado si que...

SIMON. Hija mía, no te rebeles. Yo no sé quién es el joven del año pasado; pero te casarás con quien yo te mande. (Con mucha calma.)

LUISA. ¿Con San Quintín? No señor, aunque se arme la de idem.

SIMON. Cómo la de idem.

LUISA. La gorda...

SIMON. Pero, hija mía...

LUISA. ¡Un bizco!

SIMON. Como la princesa de Éboli.

LUISA. Papá, déjese usted de historias y no me haga usted desgraciada.

SIMON. (Sin alborotarse.) Hija mía, no me hagas salir de mi carácter pacífico.

ESCENA V.

DICHOS, SIMONCITO, luego ISIDORO.

SIMONC. (Entrando por el foro.) Señor.

SIMON. ¿Qué ocurre?

SIMONC. Ahí está un caballero que viene guiando un coche y que dice que quiere hablar con usted.

SIMON. ¿Ha dicho su nombre?

SIMONC. Me ha dado esta tarjeta.

SIMON. (Leyéndola.) «Isidoro Pérez.» No le conozco.

SIMONC. Dice que trae prisa.

SIMON. Que pase. Retírate, niña; y no olvides lo que te he dicho.

LUISA. Antes monja que la de San Quintín. (Vase por la izquierda.)

SIMONC. (Llamando á voces desde la puerta del foro.) ¡Eh, caballero! ¡Que pase usted! (Isidoro aparece en la puerta del foro, quedándose parado á la puerta de afuera. Simoncito le dice con mal modo.) Entre usted, hombre. ¿Es usted sordo?

ISIDORO. Oiga usted, mozo, podía usted ser más atento.

SIMON. (Adelantándose y quitándose el gorro de casa que llevaba puesto.) Caballero...

ISIDORO. (Entrando y saludando con exagerada finura.) ¡Don Simón Gudal?

SIMON. Servidor de usted.

ISIDORO. Tengo un verdadero honor en conocerle. (Saludando y presentándose á sí mismo.) Isidoro Pérez, propietario.

SIMON. Muy señor mío. (¡Qué hombre más fino!) ¿Desea usted hablarme?

ISIDORO. Sí, señor; vengo expresamente de Madrid para eso en mi tilbury, á galope; dos leguas y media en veinticinco minutos. He preferido esto á tomar el tranvia, porque, como usted debe saber, los tranvias...

SIMON. (Interrumpiéndole.) Bien; pero...

ISIDORO. ¡Ah! Sí; tiene usted razón. (¡Podía ofrecerme una silla!) El objeto de mi visita es participar á usted una noticia... bastante triste. (Sonriendo amablemente.)

SIMON. (Alarmado.) ¡Cómo!...

SIMONC. (Que se habrá quedado cerca de ellos para enterarse de la conversación.) ¡Malas noticias!

ISIDORO. (Á Simoncito conteniendo la indignación que le produce verse interpelado por él.) No acostumbro á conversar con la servidumbre. (Á don Simón.) Me explicaré. Hace tres meses, una hermosa tarde de primavera, en que la naturaleza vestía sus más preciadas galas...

SIMON. Bien; pero esa noticia.

ISIDORO. Perdone usted, procuraré ser conciso. Quizás moleste á usted... (Signo negativo de D. Simón.) Pues bien; esa tarde paseaba yo por la calle de Alcalá, frente á las Calatravas... ¿Usted comprende?

SIMON. Perfectamente. (Vuelve á ponerse el gorro.)

ISIDORO. (Se lo queda mirando muy sorprendido, como dando á entender que le molesta lo que considera una falta de atención. Mira alternativamente al gorro de D. Simón y á su sombrero que ha conservado en la mano; y viendo que el otro no le comprende, se cubre muy afectadamente.) De pronto un conocido mío pasó muy deprisa por mi lado; yo le saludé, así, quitándome el sombrero... (Quitándose el sombrero con marcada intención.) porque yo soy un hombre muy bien educado, señor de Gudal.

SIMON. No lo dudo. Adelante.

ISIDORO. (Se queda con el sombrero en la mano hasta que viendo que D. Simón no entiende la indirecta, se vuelve á cubrir y continua.) Voy al hecho. Le saludé, y en lugar de corresponder á mi cortesía, el muy grosero...—permita usted lo fuerte de la frase—el muy grosero pasó de largo sin contestar.

SIMONC. Eso no está bien.

ISIDORO. (Se queda mirando indignadísimo á Simoncito. Luego mira á D. Simón, como indicando que no comprende que tolere las confianzas del criado; y después de hacer un movimiento de impaciencia, sigue.) Herido en lo más vivo, corrí tras él, le cogí por los faldones, le hice volverse de cara á mí, y entonces reconocí...

SIMON. ¿Á su amigo?

ISIDORO No; reconocí mi error. No era la persona que yo suponía; era un desconocido.

SIMON. Entonces...

ISIDORO. Pero al cual yo me había quitado el sombrero. Entonces le dije: «soy yo, Isidoro Pérez, quien se le ha quitado á usted el sombrero frente á Calatravas.» «No le conozco á usted,» me contestó.

SIMON. Claro.

ISIDORO. «Yo tampoco le conozco á usted,»— repliqué,—«y sin embargo, me he quitado el sombrero ante usted. ¿Contesta usted á mi saludo? ¿Si ó no?» «Déjeme usted en paz.» fué su respuesta. «Es usted un gañán,» exclamé indignado.

SIMON. (Escandalizado.) ¡Oh!

ISIDORO. Sí, señor. (Con ira contenida.) Todo hombre que no responde á un saludo, es un gañán... á no ser que esté descubierto préviamente.

SIMON. (¡Qué hombre más susceptible!)

ISIDORO. Para concluir: nos dijimos mútuamente palabras gruesas y frases mal sonantes. y le dí mi tarjeta.

SIMON. Bueno; pero yo le ruego á usted que acabe de explicarme... el objeto...

ISIDORO. Voy á terminar. (Picado.) Pero si soy molesto, ruego á usted que me lo diga.

SIMON. No, señor; siga usted.

ISIDORO. Gracias. Dos días después, aquél... *caballero*, tan cobarde como falto de urbanidad, me llevaba á los tribunales por injuria, insultos en la vía pública, y amenazas de vias de hecho.

SIMON. ¡Qué atrocidad!

ISIDORO. (Se le queda mirando muy fosco, y luego se vuelve á D. Simón diciendo:) Su hortelano de usted usa una familiaridad poco común.

SIMON. (Con benevolencia.) Es mi ahijado.

ISIDORO. Pero no el mio. Continúo.

SIMON. (Sentándose.) (Este hombre no acabará hoy.)

ISIDORO. (Le mira como esperando á que le invite á sentarse, y viendo que no lo hace, toma una silla y se sienta cerca de D. Simón.) Amenazado de un proceso necesitaba un abogado; me recomendaron uno del *montón* que aceptó mi defensa. (Viendo que D. Simón se distrae dando golpecitos en el brazo de la butaca.) Ya he dicho á usted que si soy molesto, me retiro.

SIMON. No: siga usted.

ISIDORO. Gracias. Llegó el día de la vista. (Se para al ver que Don

Simón, prestando poca atención á sus palabras, se entretiene en quitarse el polvo de una solapa.) Mi abogado tomó la palabra...

SIMON. (Sin dejar de quitarse el polvo.) Adelante.

ISIDORO. Espero á que concluya usted de cepillarse.

SIMON. No es nada, una mota...

ISIDORO. (Se encuentran por el mundo gentes de una educación bastante rudimentaria.) Mi abogado empezó á proferir frases por este estilo: «Mi defendido no es, como pudiera suponerse, un hombre violento, camorrista, deslenguado, de malos instintos, no; es sencillamente un monomaniaco, un excéntrico, esto hay que reconocerlo; ¡un sér exageradamente susceptible!» ¡Susceptible yo! (Con gravedad cómica.) Total: fui declarado libre y sin costas.

SIMON. Debió usted quedar satisfecho.

ISIDORO. ¡Satisfecho! Yo no soy susceptible; pero el caso era para excitar los nervios del mismo Job. Le busqué inmediatamente, y arrojándole á la cara un billete de veinte duros, le dije: «Ahí tiene usted pagada su charlatanería. Es usted una víbora y me dará satisfacción de sus insultos. Le mandaré á usted dos amigos.» Una hora después, se veían con él mis representantes.

SIMON. ¡Los padrinos al abogado que acababa de ganar su causa! (¡Este hombre está loco!) (Ap. á Simoncito.) (¿Por qué has dejado entrar á este tipo?)

ISIDORO. Aceptó el reto, y se concertó un duelo á sable con punta y á todo juego. Yo tiro bien, porque no sé si he dicho á usted que he recibido una educación esmerada y completa.

SIMON. (¿Pero qué me importa á mí todo esto?) Caballero, yo le ruego...

ISIDORO. Concluyo. Esta mañana hemos ido al terreno; nos colocaron en guardia, se dió la voz de «Adelante,» y mi adversario, al intentar salirse de línea, cometió la torpeza de volverse un poco, quedando descubierto, y dejando que yo me tirase á fondo y le atravesara...

SIMON. (Aterrado.) ¿El corazón?

ISIDORO. No, señor, por la espalda, en lo más bajo del tercio medio. (Levantándose.) Esto es, punto por punto lo sucedido, cuanto tenía que decír á usted. Sólo me resta pedirle mil perdones si le he molestado con mi relato. (Estupefacción de D. Simón.) Servidor de usted. Isidoro Pérez, Sevilla, nueve. (Saludando con el sombrero para retirarse.)

SIMON. (Pero, ¿á qué ha venido aquí este hombre?)

ISIDORO. (Poniéndose el sombrero al ver que D. Simón no se quita el gorro, y saludando con la mano.) Beso á usted la mano. (Se dirige al foro.)

SIMON. Y ¿á qué santo viene usted desde Madrid á contarme sus pleitos y sus desafios?

ISIDORO. ¡Á qué santo!... (Asombrado.) ¿No es al señor don Simón Gudal á quien tengo el honor?...

SIMON. Al mismo. Pero, ¿qué tengo yo que ver?...

ISIDORO. ¡Ah! ¡Caramba! Es cierto. Había olvidado un pequeño detalle. (Sonriendo, como si diera una noticia agradabilísima.) El abogado herido por mí esta mañana, es el señor San Quintín, su futuro yerno de usted.

SIMON. ¡Santo Dios!

SIMONC. ¡El futuro! Corro á avisar á la señorita. (Vase precipitadamente.)

SIMON. Y tiene usted, caballero, valor para presentarse aquí, manchado con su sangre.

ISIDORO. (Después de haberse mirado cuidadosamente las manos y el traje.) Estoy limpio. Tranquilícese usted, su futuro yerno estará bueno dentro de un par de meses.

SIMON. ¡Dos meses!

ISIDORO. Cuando le ví caer herido le tendí la mano. Las injurias estaban lavadas con sangre.

SIMON. ¡Atroz jabón!

ISIDORO. Le pregunté si podía serle útil en algo, y entonces me rogó que viniera á participar á usted el accidente que le impide por el momento venir á almorzar, y resolver los asuntos pendientes.

SIMON. ¡Pobre joven!

ISIDORO. ¡Joven? Me parece que está usted un poco trastornado.

SIMON. El caso no es para menos. Voy á escribirle inmediatamente. Mi carta caerá como un bálsamo sobre su herida.

ISIDORO. Si escribe usted ahora, yo puedo encargarme de llevarle su carta.

SIMON. Muchas gracias. Es cuestión de cinco minutos.

ISIDORO. Corriente; esperaré. (Mira el relój, hace una cortesía y va á asomarse á una de las ventanas del foro.)

SIMON. (Marchándose.) ¡Qué horrible cosa es el duelo! ¿Cuándo desaparecerá de nuestras costumbres? (Sale puerta derecha.)

ESCENA VI.

ISIDORO, luego LUISA.

ISIDORO. (Volviéndose y creyendo que puede oirle D. Simón.) Esas ideas revelan un corazón .. ¡Me ha dejado con la palabra en la boca! (En cuanto se ve sólo, se quita el sombrero.) Decididamente este señor está muy mal educado. Tiene una manera de tratar á las gentes, que si uno fuera menos.

LUISA. (Entrando izquierda.) ¡Caballero!...

ISIDORO. (La novia. Me va á decir cosas desagrables.) (Saludando con exagerada finura.) Á lo s piés de usted, señorita. (Reparando bien en ella.) ¡Qué veo!

LUISA. (¡El joven de casa de mi tía!

ISIDORO. ¿Usted aquí, señorita?

LUISA. (¡Me ha reconocido! Si no me engaño, nos hemos visto ya otra vez.

ISIDORO. El año pasado en casa de Doña Nicolasa. ¿Son ustedes, quizás, por rara coincidencia, parientes de este señor Gudal?

LUISA. Es mi padre.

ISIDORO. ¿Su padre de usted? ¡Imposible!

LUISA. ¡Cómo!...

ISIDORO. (¡Un hombre de tan malas formas, padre de esta encantadora criatura! Aqui hay un error... de la naturaleza.) Según eso, ¿es usted la futura esposa del señor San Quintin? (*Con sentimiento.*)

LUISA. El cual me acaban de decir que está herido.

ISIDORO. Por mí; he tenido ese honor.

LUISA. ¿Y de gravedad?

ISIDORO. Poca cosa, menos de lo que yo desearía ahora, al saber que va usted á ser sacrificada, uniéndose á un ser tan poco en armonía con las encantadoras y delicadas prendas que adornan á usted.

LUISA. ¡Ah! ¿Sabe usted ya que me casan á disgusto?

ISIDORO. ¿Luego usted no ama á San Quintin?

LUISA. ¿Cree usted que puedo querer á un hombre que me dobla la edad?

ISIDORO. Sería un absurdo.

LUISA. Que bizca...

ISIDORO. Del derecho. Y que probablemente quedará cojo. No me perdonaría que esto fuera una nueva contrariedad para usted.

LUISA. ¡Oh! no se apure usted por eso. He jurado no ser su esposa. Creo sin inmodestia, que puedo merecer el cariño de un hombre que al menos mire y ande más derecho.

ISIDORO. (Creo que me ha mirado de cierta manera.) Señorita... comprendo á usted perfectamente y puedo asegurarla que yo...

SIMON. (*Dentro.*) Luisa... Luisa...

LUISA. Mi padre me llama. Ha estado usted muy afortunado en ese desafío, caballero. Hasta la vista. (*Vase corriendo.*)

ESCENA VII.

ISIDORO.

¡Oh! ¡Ángel de ternura y de candor! ¡Qué hermosa es!

Lástima que su padre no tenga mejor educación. Creo que la impresión que dejó en mí esta niña, ha reverdecido al verla de nuevo, pero la sola idea de un suegro de tan poca crianza, me crispa los nervios. Nunca podría entenderme con un hombre que desconoce el trato de gentes hasta el extremo de hacerme esperar, á *mi*, que tengo el exceso de amabilidad de encargarme de llevar una carta suya. (Mirando el relój.) Las once y media. Hace cerca de diez minutos que me tiene aquí sin consideración. ¡Esto no tiene nombre! ¡Me trata como á un mozo de cordel! (Excitándose.) Isidoro Pérez no está acostumbrado á que se le rebaje así: no lo consiento y me retiro. (Poniéndose el sombrero.) Este campesino merece una lección. (Sale por el foro indignadísimo.)

ESCENA VIII.

D. SIMÓN, luego LÓPEZ.

SIMON. (Aparece en la puerta derecha, después que Isidoro ha desaparecido, y se para hablando con Luisa, que se supone está dentro.) Te digo que dentro de dos meses estará bueno y te casarás con él. (Saliendo y suponiendo que aun está Isidoro en escena.) Dispense usted si le he hecho esperar... ¿Dónde está? (Va á la ventana y mira por ella.) Se fué sin aguardar la carta. ¡Tipo más raro!... Allá va el coche á todo galope. ¡Bah! Mandaré la carta por el correo. Mi hija cada vez está más rebelde. Se le ha metido entre ceja y ceja el joven de casa de su tía.

LOPEZ. (Con un papel en la mano.) Ya está aquí arreglado nuestro itinerario.

SIMON. No te precipites, querido Serapio. Nuestro viaje tiene que retrasarse dos meses

LOPEZ. ¿Tú te has propuesto divertirte conmigo?

SIMON. Hay novedades. Mi futuro yerno se ha salido de línea.

LOPEZ. ¿Qué estás diciendo?

SIMON. Y tiene una estocada de tercia y media... digo; en el tercio medio. Su adversario, que acaba de salir de aquí, me lo ha dicho.

LOPEZ. ¿Su adversario? Pues, ¿qué? ¿se ha batido?

SIMON. Esta mañana. Con uno que tiene la mania de los saludos; un tal Isidoro Pérez.

LOPEZ. ¿Isidoro Pérez? ¿Un joven alto, con bigote?

SIMON. Justo, y con un principio de chifladura alarmante.

LOPEZ. Tú si que estás chiflado. Conozco mucho á Pérez, ha sido inquilino mío seis años. ¡Es un hombre muy formal y muy amable!

SIMON. Pero, ¿efectivamente ese tipo tiene una posición social?

LOPEZ. Ya lo creo. Una casa en la calle de Sevilla, en la acera nueva. Yo había concebido alguna vez el proyecto de presentárselo, porque tenía mi plan.

SIMON. ¿Qué plan?

LOPEZ. Ese era un exelente partido para Luisa, y no el tal San Quintin.

SIMON. Cierto que sí. ¡Una casa en la calle de Sevilla! Mira, ya siento no haberle invitado á almorzar. Poco á poco se intima, y...

LOPEZ. Has sido un torpe.

SIMON. Pero, ¿y el otro?

LOPEZ. ¿El otro?... ¿La cosa estaba tan adelantada?

SIMON. Algo; pero mi hija se opone ahora tenazmente. Dice que es viejo y feo.

LOPEZ. Y tiene razón. Este es joven y guapo.

SIMON. Es verdad.

LOPEZ. Y más rico que el otro.

SIMON. ¡Qué lástima! En fin, ¿cómo ha de ser? Se fué y ya no volverá.

ESCENA IX.

DICHOS é ISIDORO.

ISIDORO. (Aparece en la puerta del foro con un melón debajo del brazo.)

Señor de Gudal...

SIMON (¡Es él!)

ISIDORO. ¡Qué agradable encuentro! ¿Sigue usted bien, señor de López? ¡Yo bueno, gracias! (Adelantándose.) No contaba con tener el gusto de volver á ver á usted. Tenga la bondad de tomar esta fruta, que me tiene dormido el brazo derecho.

SIMON. Mil gracias, caballero. ¿Á qué debo este obsequio?

ISIDORO. No es un obsequio. He vuelto desde cerca de Vista-Alegre, porque mi lacayo es un bribón.

SIMON. No veo....

ISIDORO. Un granuja, que ha aprovechado mi permanencia en esta sala para merodear en su huerta de usted y robarle esa fruta que pesaba como plomo sobre mi conciencia.

SIMON. Lo creo. (Tomando el melón: y dando á entender que pesa bastante, lo deja sobre el velador.) Pero no valía la pena de que se hubiese usted molestado.

ISIDORO. Isidoro Pérez no podía hacerse solidario con su tolerancia de las pillerías de un lacayo. En cuanto llegue á Madrid le despediré para satisfacer á usted por completo.

LOPEZ. (Ap. á D. Simón) (¿Ves qué hombre más delicado?)

SIMON. (Yo voy á ver si le hago quedarse. Don Isidoro...

ISIDORO. Señor de Gudal, si por fin terminó usted su carta, no me niego, siquiera como indemnización... (Señalando el melón.)

SIMON. Sería abusar de su amabilidad. La carta irá por el correo; y en cuanto á eso, (El melón.) ¡me ocurre una idea!

ISIDORO. (¡Buena será ella!)

SIMON. Es el primero que madura este año. ¿Quiere usted acompañarnos á comerlo?

ISIDORO. ¿El melón? (¿Querrá aludirme?) No tomo nada entre horas. Mil gracias. (Secamente.)

SIMON. Es que mi intención era que lo tomáramos de postre, y que almorzase usted con nosotros.

LOPEZ. (¡Magnífico!)

ISIDORO. (Escamado.) (¡Qué invitación más extemporánea!)

SIMON. Precisamente esperábamos á San Quintín. Ya que él no puede venir...

ISIDORO. (Picado.) Señor de Gudal; sentiría que tuviera usted que tirar el almuerzo destinado á San Quintín, pero...

LOPEZ. (Ap. á D. Simón.) (Creo que has dicho una tontería.)

SIMON. Nada de cumplidos ó le creeré á usted tan susceptible que no acepta por no haberle invitado con más anticipación.

ISIDORO. ¿Yo susceptible? Acepto.

LOPEZ. Enhorabuena. Yo me quedo también.

SIMON. Por supuestro.

ISIDORO. (Almorzaré con ella, á su lado...)

SIMON. (Á Isidoro, dándole un golpecito en la espalda.) Me ha sido usted muy simpático, y creo que hemos de ser buenos amigos. (Otro golpecito.)

ISIDORO. (Retirándose extrañado.) (Estas familiaridades lugareñas, me sacan de quicio.)

SIMON. (Ap. á López.) (Decididamente me gusta más que el otro.)

LOPEZ. (Ap. á D. Simón.) (¿No te lo decía? Ya verás cuando le trates.)

ISIDORO. (¡Cuchichean! He hecho mal en quedarme. Estoy seguro que me tratan de gorron.)

SIMON. (Ap. á López.) (Sondéale con maña. Yo voy á hablar á la chica.

ISIDORO. (¡Siguen cuchicheando! ¡Qué falta de tacto y de educación!) Si estorbo...

SIMON. De ningún modo. López me estaba dando de usted los mejores informes. Voy á mandar que desenganchen su coche. (Le da otro golpecito y se va por el foro.)

ISIDORO. (¿Pido informes de sus convidados!... ¿Es que teme que me lleve las cucharillas?)

ESCENA X.

ISIDORO y LOPEZ.

ISIDORO. Amigo López, la verdad, ¿he hecho mal en aceptar este almuerzo?

LOPEZ. De ningún modo. Simón está encantado con usted.

ISIDORO. Yo encuentro anómala su conducta conmigo; le veo frío...

LOPEZ. Es un hombre muy calmoso; pero franco, llanote, sin cumplidos.

ISIDORO. Como yo, entonces.

LOPEZ. Justo. Y esa conformidad de caractéres, me parece de buen agüero.

ISIDORO. ¿De buen agüero?

LOPEZ. Entre nosotros se puede hablar con toda confianza. Simón tiene una hija...

ISIDORO. Encantadora.

LOPEZ. ¿La conoce usted?

ISIDORO. Me encanta, y si no temiese un suegro como Gudal...

LOPEZ. (Esto es pan comido.) ¿Eso no más le detiene á usted? Estoy seguro de que si yo le hablo del asunto...

ISIDORO. ¿Esa criatura podria ser mía? ¡Ah, señor de López! ¡Usted es mi padre!

LOPEZ. ¡Cómo!...

ISIDORO. ¿Y aun se detiene usted? Corra usted, amigo mío, hable usted á don Simón; es un hombre sin pizca de educación... no importa; antipático... no le hace, paso por todo. Vaya usted. Estoy dispuesto á todas las concesiones. Corra usted señor López.

LOPEZ. ¡Qué fuego! (¡Y Simón que dudaba!) Calma, amigo mío.

ISIDORO. Y cuente usted con mi eterno agradecimiento.) (*Estrechándole la mano y empujándole.*) Isidoro Pérez no es un ingrato.

LOPEZ. Yo haré cuanto esté en mi mano. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ISIDORO, luego SIMONCITO.

ISIDORO. ¡Esto es un amigo! ¿Estaré soñando? ¡Casarme yo con esa deliciosa criatura, cuando ya perdía la esperanza en vista de mis doce matrimonios fracasados! Este Gudal es muy bruto; pero yo pasaré por todo. ¿Y San Quintín? ¡Bah! Estando conformes el padre y la hija estoy seguro... Me ha mirado de un modo que... Vamos, si San Quintín quiere disputármela, nos volveremos á ver las caras. Yo no me dejo robar mi felicidad.

SIMONC. (Entrando por la derecha, y al dirigirse hacia la izquierda, pasando junto á Isidoro, y dándole familiarmente con el codo, y guiñándole el ojo confidencialmente, señalando la puerta por donde salieron Simón y López.) Paece que la cosa marcha.

ISIDORO. (¡Este bestia me ataca los nervios de un modo extraordinario!) ¿Qué dice usted? (Con altanería.)

SIMONC. Que comeremos dulces.

ISIDORO. ¿Y á usted quién le mete?...

SIMONC. No hablan de otra cosa allá adentro. Paece que tiene usted una casa magnífica.

ISIDORO. (Interesado.) ¡Cómo! (¡Á eso; eso es á lo que dan importancia.)

SIMONC. Nuevecita, nuevecita, y que renta una atrocidá.

ISIDORO. Bien; pero de mí, de mí, ¿qué dicen?

SIMONC. Que es usté mucho más rico que el abogao. La cosa marcha, hombre. Habrá boda, bailaremos.

ISIDORO. Pero de mí, ¿no dicen nada?

SIMONC. Que es usté un gran partío... Vamos, que la cosa está que arde. Sea enhoragüena. (Marchándose por la izquierda.)

ISIDORO. (Indignadísimo.) ¿Es decir, que no es conmigo, sino con mi dinero con quien se casan? ¿Y yo aceptaré una boda así? No, yo no puedo aceptar semejante menosprecio de mi persona. Isidoro, tú no puedes aceptar que

se te aje de esa manera. Se me han quitado hasta las ganas de almorzar. ¡Juan! (Llamando.)

ESCENA XII.

ISIDORO y LUISA.

LUISA. (Ya deben haber hablado.) ¿Se fué papá?

ISIDORO. Sí, señorita, y me alegro de ver á usted.

LUISA. (Muy contenta.) (Ahora se declarará.)

JUAN. (En la puerta del foro.) ¿Señor?...

ISIDORO. Engancha. (Vase Juan.)

LUISA. ¿Se va usted?

ISIDORO. Lo siento mucho; pero tengo que dar órdenes en Madrid. Tengo albañiles en mi casa, ¿comprende usted? Mi casa.

LUISA. ¿Y por tan poca cosa?... (¿No se habrán entendido?)

ISIDORO. Usted es muy hermosa, y encontrará seguramente, algo mejor y de más precio.

LUISA. ¿Está usted loco?

ISIDORO. No es para tanto. Crea usted que no la guardo rencor. El mayor mal que la deseo es que pueda usted casarse con una manzana, con el barrio de Argüelles. si es posible; mi casa es poco para usted.

LUISA. ¿Pero qué casa es esa?

ISIDORO. La de la calle de Sevilla, junto á La Equitativa.

LUISA. ¡Ah! ¿tiene usted una casa en la calle de Sevilla!

ISIDORO. (Dando un salto.) ¿Qué? ¿Usted lo ignoraba?

LUISA. Completamente.

ISIDORO. Júremelo usted.

LUISA. (Ofendida.) ¡Caballero!

ISIDORO. No, no, la creo, ¿y á pesar de eso estaba usted dispuesta á concederme su mano?

LUISA. (Turbada.) ¿Yo?...

ISIDORO. Basta. ¡Ese silencio, esa turbación me hacen el más feliz de los hombres! ¡Oh, encanto mío! ¡No sabía nada! (Cogiéndola y besándola una mano.)

LUISA. (Retirándola vivamente.) ¡Por Dios, caballero!...

ISIDORO. ¿Dónde está su padre de usted? Le necesito. Es menester que me dé su mano ó me pego un tiro.

LUISA. (Tendiéndole la mano.) No, un tiro, no.

ISIDORO. ¡Oh, ángel mío, hermosa criatura! (Besándola repetidas veces.) Es menester que su padre de usted consienta. (Llamando.) Juan...

LUISA. Pero, ¿aun no ha hablado usted con mi padre?

ISIDORO. No, señorita, me ha dejado con la palabra en la boca.

JUAN. (Apareciendo en el foro.) El coche.

ISIDORO. Desengancha. (Vase Juan.) Usted me ama, ¿verdad que me adora usted, con locura, con delirio?

LUISA. Despacio, señor mío... Me da usted miedo.

ISIDORO. (Picado.) ¡Miedo! ¿Es que soy un ogro? ¡Miedo!... ¿Entonces no me ama usted? (Llamando.) Juan...

LUISA. Hombre de Dios, deje usted á Juan en paz.

ISIDORO. ¡Ah, señorita! Estoy loco, loco de amor, de pasión. Llame usted á su padre, por Dios y todos los santos.

LUISA. Voy allá. (Yo esperaré en el jardín el resultado de la entrevista. (Se dirige al foro.)

ISIDORO. ¿Y se va usted así? ¿Sin una palabra, sin un monosílabo?

LUISA. Pues bien... (Después de vacilar un poco y marchándose á todo correr.) Sí. (Se va por el foro.)

ESCENA XIII.

ISIDORO y D. SIMÓN.

ISIDORO. ¡Bendita sea tu boca! ¡Qué hermosa!... Y pronto, muy pronto mía. Sí, serás mía... (Aproximándose á la puerta del foro y tirando besos en la dirección que llevó Luisa.) ¡Amor mío!

SIMON. (Entrando por el foro, y encontrándose á Isidoro echándole besos.) ¿Qué arranque de ternura es éste?

ISIDORO. (Cogiéndole vivamente la mano, y trayéndole al proscenio.) Señor don Simón, la quiero, me ama, nos adoramos.

(Apretándole mucho la mano, y sacudiéndole el brazo con fuerza.) Tengo el honor de pedir á usted la mano de su hija.

SIMON. ¡Ay! ¡Qué me rompe usted los huesos!

ISIDORO. (Como si fuera á echarse sobre él, en el ademán; pero con la más esquisita finura en la palabra.) Su mano.

SIMON. Concedida. (Isidoro la suelta.) (Á poco más se queda con la mía.)

ISIDORO. Ya que hemos llenado esta formalidad, creo conveniente informar á usted, siquiera sea someramente, de mi familia, antecedentes.

SIMON. ¡Oh! No es necesario.

ISIDORO. (En el fondo, al menos, es delicado.)

SIMON. López me ha informado de un modo excelente.

ISIDORO. (Picado.) ¡Ya! Es usted hombre prevenido.

SIMON. No casa uno á su hija más que una vez... y un padre... es natural...

ISIDORO. (Vivamente.) ¿Dice usted que es padre natural?

SIMON. No, señor, de legítimo matrimonio. No confundamos.

ISIDORO. Es que usted no se explica con claridad. Por lo demás, ya he dicho que estoy dispuesto á hacer todas las concesiones.

SIMON. Yo pienso lo mismo. Ya que estamos tan perfectamente de acuerdo, bueno será, puesto que yo doto á mi hija...

ISIDORO. (Interrumpiéndole.) Como usted no me deja hablar, no le he dicho, *aunque quizás lo sepa*, que también por mi parte...

SIMON. Ya calculo que contará usted con algo. Y habiendo interés de por medio, si á usted le parece que hagamos un contrato ó carta dotal...

ISIDORO. Mi delicadeza no permitiría otra cosa. Por mí no habrá el menor óbice.

SIMON. ¡Magnífico! (Golpecitos en el hombro.) Ya decía yo que habiamos de hacer buenas migas.

ISIDORO. (Le llevaremos el aire.) (Dándole un golpe fuerte.) ¡Vaya! ¡Es mucho don Simón éste!

SIMON. (¡Me ha echado abajo un hombro! Lo que es como sano

es un roble.) ¿Con que, si le parece á usted. (Ofreciéndole una silla.)

ISIDORO. Mil gracias. (Parece que empieza á tener formas.) (Se sientan.) ¿Decíamos?...

SIMON. (Distraidamente.) Decíamos que tiene usted una casa...

ISIDORO. (Ya pareció.) Sí, señor, sí; una casa en la calle de Sevilla. Pero por las once mil Vírgenes, no hablemos de eso... (Despreciativamente.) Me parece mezquino.

SIMON. ¿Mezquino? Es usted verdaderamente expléndido.

ISIDORO. No, señor; (Picado.) no tengo la pretensión de ser expléndido. Eso sería fatuidad; y yo procuro no tener defectos. (Muy ofendido.) Soy un hombre delicado y nada más. ¿Fátuo yo?..

SIMON. ¿Pero, quién dice?... ¿Cuántos pisos?

ISIDORO. (Impacientándose.) (¡Dále bola!) Cuatro.

SIMON. (Con calma.) No es mucho.

ISIDORO. La haré subir ocho, diez... tanto como la torre Elffel, si usted lo exige.

SIMON. Pero, hombre, ¿qué le pasa á usted? Parece que le molesta...

ISIDORO. No, señor; ya habrá usted observado que yo no me molesto por nada. (Impacientísimo.) Adelante.

SIMON. ¿No habrá hipotecas?

ISIDORO. Ninguna.

SIMON. (¡Qué sequedad!) Y según creo, la construcción es sólida.

ISIDORO. (Muy nervioso.) Romana. Nueve huecos de fachada, cuatro tiendas, seis sótanos y doce buhardillas; taller de fotografía y ascensor. Total: veintitres mil cuatrocientas ochenta y cuatro pesetas de renta. Ahora hablemos de otra cosa, se lo ruego á usted encarecidamente. (Levantándose y paseándose impacientísimo.)

SIMON. ¿Y por qué, amigo mío?

ISIDORO. Porque... (Sin poderse contener.) porque si yo pensára en casar á una hija, me daría... *fatiga* hablar como un maestro albañil.

SIMON. ¿Qué dice usted? (Un poco ofendido, pero sin acalorarse.)

ISIDORO. (Secamente.) Nada. (Se sienta conteniéndose.) Continuemos.

SIMON. (¡Este hombre acabará por sacarme de mis casillas!)

ISIDORO. Deciamos que adoro á su hija de usted, y que estoy dispuesto á acceder á todas las exigencias.

SIMON. Pero, ¿qué exigencias, señor? ¿Es que tengo yo alguna? No hay que amontonarse.

ISIDORO. ¡Amontonarse! ¡Hombre!... ¡Emplea usted unas frases!... No me amontouo; al contrario: (Exaltándose.) Estoy encantandísimo de ver que me da usted á su hija porque tengo una casa junto á La Equitativa.

SIMON. (Acalorándose un poco.) Comprenderá usted que si no tuviera usted nada, no se la daría.

ISIDORO. ¿Es decir, que si se presentase otro con dos casas en la mano?...

SIMON. Acabará usted por volverme loco con sus casas. ¡Malditas sean ellas!

ISIDORO. (Conteniéndose) Calma, señor de Gudal, calma.

SIMON. ¡Calma, calma! ¿Es que tengo poca? (¡No puedo más!) ¡Estoy sudando á mares!) (Tira el gorro encima de la mesa y muy pausadamente se desabrocha la americana y el chaleco, haciéndose aire con la misma ropa.)

ISIDORO. (Le mira extrañadísimo, y á su vez se desabrocha.) (Parece que hay que desnudarse.)

SIMON. (Reparando que Isidoro le imita.) También usted estaba sofocado? Es natural.

ISIDORO. No señor, no estoy sofocado; pero en vista de que esta es la forma en que aquí se discuten los contratos matrimoniales...

SIMON. ¡Uf! Acabemos de una vez. (Llamando á voces, cargadísimo.) Simón... papel y un tintero.

ISIDORO. (Si al menos cerrára las ventanas...) ¡Atchís!... (Con retintín, viendo que D. Simón se calla.) Gracias.

SIMON. ¿Qué es eso? ¡Ah! sí... (Cargadísimo.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Está usted ya tranquilo?

ISIDORO. Calma, don Simón, calma; tome usted ejemplo de mí.

ESCENA XIV.

DICHOS y SIMONCITO.

SIMONC. (Entrando en mangas de camisa, con recado de escribir.) Aquí está esto. (Lo pone en el velador.)

ISIDORO. (Reparando en el traje de Simoncito.) ¡Está bien! ¡Esto parece una casa de baños!

SIMON. (Preparándose á sentarse á escribir.) Á ver si así acabamos de entendernos.

ISIDORO. No deseo otra cosa.

SIMON. ¡Achis!... (Se pone el gorro y se abrocha muy de prisa.) Lo pesqué.

ISIDORO. ¡Jesús! (Recalcando mucho y abrochándose, al ver que el otro lo ha hecho.) No hay de qué. (Viendo que D. Simon no le ha contestado.)

SIMON. (¡Dios me dé paciencia!) (Se sienta á escribir.)

SIMONC. (¿Qué irán á hacer?) (Se queda mirándolos.)

SIMON. Deciamos que usted aporta una finca que renta veintitres mil pesetas.

ISIDORO. Veintitres mil cuatrocientas ochenta y cuatro; si señor.

SIMON. Bueno. ¿Tiene usted algo más?

ISIDORO. (Picado.) Tres mil reales en casa, y (Sacando dinero y contándolo.) veinticinco pesetas y tres perros en el bolsillo.

SIMON. ¡Vaya por Dios! (Suspira con impaciencia, ó Isidoro también.) Yo, por mi parte, doto á mi hija con una casa en la calle de Toledo, y tierras y huertas en Carabanchel, que representan una renta de cinco mil duros.

ISIDORO. (Vivamente.) No siga usted, caballero. ¿Cinco mil duros? No puedo consentirlo.

SIMON. ¿Qué le dá á usted ahora?

ISIDORO. Yo aporto veintitres mil cuatrocientas ochenta y cuatro pesetas, ¿y usted pretende dotar á su hija con veinticinco mil? Eso es depresivo para mí. Isidoro Pé-

rez no puede consentir que la que ha de ser su esposa traiga un céntimo más que él. Mi delicadeza...

SIMON. ¡Hombre!... ¡Esto ya es demasiado!

ISIDORO. Yo no me vendo.

SIMON. ¿No tengo yo derecho á dotar á mi hija como me parezca?

ISIDORO. (Exaltándose.) No señor.

SIMON. (Id.) Si señor.

ISIDORO. (Id.) Le digo á usted que no.

SIMON. (Id.) Le digo á usted que sí.

SIMONC. (Á Isidoro, metiéndose en medio.) (No sea usted tonto... En el tomar no hay engaño.

ISIDORO. (Echando atrás á Simoncito para seguir hablando con D. Simon.) ¡Joven!... señor Gudal; estoy dispuesto á pasar por todas las exigencias; pero ofrecerme un ochavo más, es insultarme... (Amenazador.) ¡y á mí no se me insulta!

SIMON. Pero, ¡esto ya es intolerable! Esto no es un yerno; ¡esto es un puerco-espin!

ISIDORO. (Dando un salto como si hubiera recibido un bofetón, y con ira reconcentrada.) ¿Qué dice? ¿Qué dice?

SIMON. (Furioso é imitando sus ademanes y su voz.) Lo que quiero; lo que quiero. (Simoncito habrá quedado en medio de los dos, mirándolos alternativamente, estupefacto.)

ISIDORO. (Á Simoncito.) ¿Qué dice?

SIMONC. Que es usted un puerco-espin.

ISIDORO. ¡Insolente! (Dándole un bofetón.)

SIMONC. ¡Ay!

ISIDORO. ¡Me desahogué! (Se pasea hecho una fiera.)

SIMON. (Indignadísimo y acariciando á Simoncito, que con la mano en la mejilla se queja amargamente.) ¡Qué atrevimiento! ¡Pegar á mi ahijado! ¡Pobre criatura!

ISIDORO. Así aprenderá á no meterse en camisa de once varas. En cuanto á usted, señor mio. (Mirándole de alto abajo.)

ESCENA XV.

DICHOS, LUISA y LÓPEZ.

LUISA. (Asustada.) ¿Qué pasa?
LOPEZ. ¿Qué voces son estas?
ISIDORO. Este caballero...
SIMON. Este señor... (Cogiendo lo que empezó á escribir y haciéndolo pedazos.) Se ha concluído de hablar del asunto. Mi hija se casará con San Quintín. (Acariciando á Simoncito.) ¡Pobre criatura! ¡Ven Serapio! Á mí me va á dar una congestión. (Salen por la derecha D. Simón, seguido de López y de Simoncito, que se queja cada vez más mirando asustadísimo á Isidoro.)

ESCENA XVI.

ISIDORO y LUISA.

ISIDORO. (Paseándose furioso.) ¡Suegro número trece! Está visto que no doy más que con gentes groseras y violentas.
LUISA. Pero, ¿qué ha sucedido? ¡Yo que les creía á ustedes completamente de acuerdo.
ISIDORO. ¡Buen acuerdo te dé Dios! (Es un rabioso, un hidrófobo.) Señorita, la adoro á usted, pero nuestra boda es imposible. Tengo pendiente con su padre de usted una cuestión personal.
LUISA. (Asustada.) ¡Dios mío!
ISIDORO. Usted es un ángel; pero su padre es una fiera. Me ha tratado peor que á un negro.
LUISA. ¡Si es el hombre más pacífico del mundo! De seguro que no ha sido su intención ofenderle.
ISIDORO. Ha llegado hasta llamarme puerco-espin.
LUISA. Sin pensar lo que decía; seguramente.
ISIDORO. ¿Cree usted?... (¡Y por un hombre así perder esta encantadora esposa!)

LUISA. Estoy segurísima. (Hay que evitar un disgusto.)
ISIDORO. Entonces... que retire el epíteto.
LUISA. Y lo retirará... en cuanto se calme. Voy á hablarle yo, y ya verá usted. No se marche usted, se lo ruego.
ISIDORO. Ese ruego es para mi una orden terminante. Obedezco.
LUISA. Ya verá usted como todo se arregla.
ISIDORO. Que retire la palabra y paso por todo.
LUISA. (Marchándose.) (¡Un duelo! ¡Dios mío!) (Vase por la derecha.)

ESCENA XVII.

ISIDORO.

Sería un dolor que esta criatura inocente y yo, pagáramos, á costa de nuestra dicha, las malas condiciones de carácter de este suegro salvaje, de este gañan, ¡porque es un gañán! ¡Puerco-espin! ¡Me ha llamado puerco! Le enviaré dos amigos. Me marcho... Pero no. Tengo que esperar á esa criatura. Se lo he prometido y no puedo irme sin estrechar su mano por última vez.

ESCENA XVIII.

ISIDORO, LUISA y LÓPEZ.

LUISA. (Entrando muy afligida.) He hablado con mi padre.
ISIDORO. ¿Retira el epíteto?
LUISA. No señor. Le ha llegado al alma que haya usted maltratado á Simoncito.
LOPEZ. Ha sido usted excesivamente violento. Es su ahijado.
ISIDORO. Se ha permitido repetir el insulto; y al fin y al cabo es un sirviente.
LUISA. Aquí le tenemos como de la familia. Mi padre, viéndome tan afligida, y sólo por mí, se decidiría á volver á pensar en nuestra boda .. con una sola condición.
ISIDORO. Siempre que no sea deshonrosa...

LOPEZ. Verán ustedes como todo puede arreglarse.

ISIDORO. ¿Quiere que accpte el dote? Pues lo aceptaré, por mucho sonrojo que me cueste. Creo que estoy conciliador.

LUISA. No, no es eso, la condición que pone es un poco dura... y casi no me atrevo...

LOPEZ. (¿Á qué ahora resulta Simón el susceptible?)

ISIDORO. ¿Quiere que acepte sus explicaciones? Por usted, señorita, las aceptaré. Creo que pedir más...

LUISA. Es mucho más lo que pide...

ISIDORO. ¿Que le dé las mías? Será la primera vez que yo doblegue la cerviz... pero, en fin, por usted me sacrificaré.

LUISA. Es aun más.

ISIDORO. ¿Ve usted, señor de López? ¡Este hombre es imposible!

LUISA. Dice que debe usted... que podía usted...

ISIDORO. Acabemos.

LUISA. Que debía usted... pedir perdón á su ahijado.

ISIDORO. (Dando un respingo.) ¿He oído mal?

LOPEZ. Eso ha dicho. ¡Está loco! (Entra escandalizado por la derecha.)

ISIDORO. ¡Pedir yo perdón! ¡Yo, Isidoro Pérez! ¡Rebajarme á dar explicaciones á un hortelano, á un destripaterrones... á ese gaznápiro!... ¡Jamás, jamás! Eso es un nuevo insulto.

LUISA. Sólo con esa condición, le concede á usted mi mano.

ISIDORO. ¡Oh! señorita... es muv duro... Muy duro,

LUISA. (Casi llorando.) Sí, señor, durísimo; pero está en sus trece.

ISIDORO. Trece, sí; suegro número trece... número fatal que me hace perder á la mujer que adoro.

LUISA. (Llorando.) Muchas gracias.

ISIDORO. Y que me ama, porque usted me ama, ¿verdad que si?

LUISA. Me es usted muy simpático. Y ya ve usted, no accediendo á lo que mi padre pide, me casarán con San Quintín.

ISIDORO. La de San Quintín se va á armar aquí, antes de que eso suceda.

LUISA. No, si ya la ha armado usted pegándole al chico. (Llo-

rando cómicamente.)

Isidoro. ¿Y llora usted?... ¿Y es su padre quien la hace derramar esas perlas? ¡Hombre sin entrañas!

Luisa. No es mi padre, es usted, que á bien poca costa podria...

Isidoro. No sabe usted lo que me pide.

Luisa. (Ya cede.) Si me quisiera usted tanto como dice, no vacilaría en darme esa prueba.

Isidoro. ¿Qué? ¿Duda usted de mi cariño? Eso nunca. Llame usted á su padre, llame usted á ese otro bestia, pero pronto... si lo pienso, no podré, no podré.

Luisa. (Llamando.) Papá... Simoncito. .

Isidoro. Me hace usted sacrificar los más delicados sentimientos... ¡tan cruel como hermoso!

Luisa. Papá... Símoncito...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SIMONCITO, D. SIMÓN y LÓPEZ.

Simonc. (Acercándose á la puerta del foro, y temiendo acercarse al ver á Isidoro.) ¿Quién llama? ¡Ay! ¡Qué está ahí ese!

Luisa. Ven acá, no temas.

Lopez. (Saliendo por la derecha con D. Simón.) Te digo que eres demasiado exigente. Eso es un absurdo.

Simon. Lo sé; pero estoy harto y no cedo.

Luisa. Papá, venga usted, todo está arreglado. Ven, Simoncito. Se conforma á pedirle perdón.

Isidoro. (Mirando severamente á Simoncito y agitando los dedos, como si no pudiese resistir los deseos de extrangularle.) (No podré. ¡Puerco-espin!.., ¡Con qué gusto le retorcería el pescuezo!)

Lopez. ¿Y aun insistes? ¿Se puede dar hombre más complaciente?

Simom. Apuesto cinco duros á que no lo hace.

Isidoro. (Vivamente.) Apostados .. Simón... amigo mío... (Elevémosle un poco.) Acércate.

SIMONC. (Asustado de verle la cara y retirándose.) ¡Un demonio! ¡Me va á reventar!
LUISA. Ven acá, no seas tonto. (Cogiéndole de un brazo.)
SIMON. (Burlón.) ¿Á qué no?
LUISA. Papá... ¡por Dios!...
ISIDORO. Simón... venga esa mano. (Cogiéndosela y apretándosela fuertísimamente.) Querido Simón...
SIMONC. ¡Ay... ay!...
ISIDORO. (Ap. á Simón.) (Cinco duros si sonríes.)
SIMON. ¿Qué es eso?
SIMONC. Naá... (Medio llorando y fingiendo que ríe.) ¡Jé, jé!... Naá.
ISIDORO. Querido Simón... (Ap. á López.) (Sujéteme usted las manos.) (López lo hace así.) Antes he sido un poco duro contigo...
SIMONC. ¡Ya lo creo!
ISIDORO. (Amenazándole con un puntapié. Simoncito se pone más lejos.) Y creo que no serás rencoroso...
SIMONC. (Dándose tono.) Yo...
LUISA. (Ap. á Simoncito.) (Calla, bruto.)
ISIDORO. Y procurarás olvidarlo... y... y... (Sin poder acabar.)
SIMON. (Burlón.) ¿Á que no?
ISIDORO. (Vivamente.) Y perdonarme. (Á D. Simón con rabia.) ¿Á que sí!
LUISA. ¿Por fin?
LOPEZ. Ya estarás satisfecho.
SIMON. Señor de Pérez, he perdido cinco duros, (Se los da.) y la mano de mi hija. Ahí la tiene usted. (Á López.) Realmente es más tratable de lo que yo creía.
ISIDORO. ¡Oh, dicha! (Volviéndose para dirigirse á Luisa, y encontrándose con Simón, que le alarga la mano.) ¡La mano otra vez! (Indignado.)
SIMONC. No; los cinco duros. El trato es trato.
ISIDORO. Toma, canalla. (Dándole con una mano los cinco duros, y con la otra un diluvio de puñetazos.)
SIMONC. ¡Ay... ay!...
SIMON. ¿Qué es eso?
ISIDORO. (Bajo á Simón.) (Sonríe, ó te extrangulo.)

SIMONC. Náa, qué hacemos las paces. (¡Bárbaro!)

LOPEZ. Vaya, pues ahora á casarse pronto. Yo me he ofrecido para padrino y no me vuelvo atrás. Dentro de un mes la boda.

ISIDORO. (Que estaba hablando con Luisa, se vuelve y le tiende la mano.) Le debo á usted mi felicidad. Simoncito quedará á nuestro servicio, ¿eh? (Mirándole con ódio.)

SIMON. Corriente. Os casareis el día uno, y el dos...

ISIDORO. (El dos no va á ser paliza la que va á llevar Simoncito.)

LOPEZ. Los novios á su casa, nosotros á Italia.

LUISA. ¿Y el autor? Es el único que espera.

SIMON. (Yendo á adelantarse.) Yo me encargo de eso.

ISIDORO. (Deteniéndole.) No, por Dios; usted no tiene formas, ni trato de gentes...

(Al público.) Soy yo, ISIDORO PEREZ,
quien pide una palmada...
humildemente.

FIN DEL JUGUETE.

